

La unidad política europea: una meta o un mito

Por **FEDERICO RAYCES**.

PEPINO el Breve (741-768) y su hijo Carlos, a quien llamamos Carlomagno (768-814), impusieron la supremacía de los francos a lo largo y a lo ancho del cuerpo de Europa Occidental y Continental, desde el Ebro hasta el Elba y desde la Marca de Bretaña hasta el Ducado de Benevento. Cuando, pues, el segundo fue investido por el Papa con el título de Emperador (800), el Imperio ya existía en la realidad de una unidad de soberanía que abarcaba la Cristiandad occidental casi totalmente, y que prometía llegar a abarcarla toda. La promesa pareció más firme que nunca cuando Luis el Piadoso (814-840), premuertos sus hermanos varones, sucedió a Carlomagno como único y universal heredero del Imperio. Treinta años después, sin embargo, los tres hijos de Luis se lo habían dividido en otras tantas partes o reinos particulares, y aunque Lotario, el mayor de ellos, se reservó el título imperial, este título no significó más una supremacía reconocida ni los medios de asegurar su reconocimiento.

Con la decadencia de los carolingios, la corona imperial fue depositándose en frentes cada vez menos dignas, hasta el día en que ni siquiera se encontró quien cargase con ella. Esta vacancia duró treinta y ocho años (924-962) y concluyó cuando Otón I, vástago de una estirpe sajona encumbrada al trono del reino oriental, se decidió a tentar la aventura italiana, preliminar indispensable para obtener del Papa la consagración suprema. Desde entonces el Imperio quedó vinculado para siempre a la rama oriental y más fuertemente germanizada de las tres desgajadas del viejo tronco carolingio, como lo denota el nuevo nombre de "Sacro Imperio Romano Germánico", con que lo recuerda la Historia. La dinastía sajona de los Otones, y después de ella la dinastía sálica, renovaron la expansión imperialista hacia el Este, el "drang nach östen", bajo la forma de la guerra a los eslavos paganos y semibárbaros (y aunque fuesen, como fueron más tarde, cristianos y civilizados). Entretanto, al Occidente quedaba Francia, definitivamente enajenada del Imperio, y con ello desaparecida la posibilidad de que éste llegase a ser sinónimo de unidad política continental.

Es un fenómeno histórico sorprendente el hecho de que la idea imperial que ya no tenía, como vemos, ninguna posibilidad de

realizarse en la práctica, siguiese el pivote del pensamiento occidental, en sus tendencias dominantes, por lo menos hasta fines del siglo XIII y comienzos del XIV, cuando los espíritus más ilustrados de la época, como Dante y Tolomeo de Luca, discípulo de Santo Tomás y continuador de su inacabado "DE REGIMINE PRINCIPUM" aplicaban las armas de su retórica a afirmar los fundamentos de una autoridad suprema y universal (bien que con opuestas intenciones, ya que el primero lo hacía en beneficio del Emperador y el segundo en favor del Papa). Vale la pena examinar algunos aspectos de aquella idea que tanta vitalidad iba a demostrar en la esfera de los entes de razón.

En los orígenes de la idea europea de unidad subyace, desde luego, la imagen del Imperio Romano. Para los espíritus medievales las imágenes romanas tenían valor ejemplar; y puesto que los romanos habían reunido el mundo bajo su dominio, eso estaba bien, esa era la forma del gobierno ideal. Con la imagen del Imperio Romano se aliaba el sentimiento de la unidad del "Pueblo Cristiano", o mejor dicho, uno y otro elemento se confundían en un mismo complejo de ideas e imágenes emotivas, ya que la "Paz Romana" había sido vehículo de la difusión de la fe cristiana, y al final del proceso los límites de la cristiandad habían coincidido con los del orbe romano. Por añadidura, la idea de un solo señor en la tierra se correspondía con el dogma de un solo Dios en el cielo; en el Imperio Romano se miraba reflejado el orden cósmico.

La unidad romana gravitó así en las mentes medievales con el carácter de un ejemplo inspirador. No obstante, al plasmar fuerzas de signo distinto, las orientó hacia otra unidad tan diferente de aquélla, en su estructura material, como cabría imaginarlo. Bien ha destacado Ortega, en efecto, que mientras en el mundo romano el Mediterráneo es el centro de la vida, el vínculo entre los distintos miembros del cuerpo general; y las tierras interiores, la periferia; en el mundo europeo del medioevo el dinamismo vital se aleja de las costas y se va acumulando "hacia la trastierra, hacia el hinterland, que es el norte". (1).

Por lo demás, si la idea europea de unidad no hubiese tenido otro sentido que la idea romano-cristiana, la nueva unidad no se habría aglutinado alrededor del reino de los francos, puesto que ya existía en otra parte un sucesor legítimo de los emperadores romanos, en la persona del "Basileus" bizantino, quien era también un emperador cristiano. Pero fue justamente en emulación y enfrentamiento con Bizancio como se afirmó el Imperio Occidental. Bien que el dominio de Carlomagno sobre los países heredados de su padre o conquistados por él mismo no necesitara,

(1). José Ortega y Gasset. "Una interpretación de la Historia Universal" páginas 90-92.

jurídicamente, fundarse en un título imperial, el hecho de que desde el trono de Bizancio se alentasen pretensiones a la hegemonía universal, aunque ellas no pasaran de las palabras a la acción, determinaba la conveniencia política, para el franco, de no aparecer ante la mirada de los pueblos en una categoría inferior a la del bizantino. Esta voluntad de ostentación se manifiesta, entre otras cosas, en los planes para hacer de Aquisgrán, una "nueva Roma", designación atribuida hasta entonces a Bizancio (2).

Si a Carlomagno le convenía el cetro imperial, al Papa le convenía tener, contra los ambiciosos reyes y duques lombardos, contra los amenazadores sarracenos, y aún contra la turbulenta nobleza romana, un protector más eficaz que el lejano Basileus, y también más respetuoso de las prerrogativas pontificiales en materia espiritual. Tanto era así, que el 25 de diciembre del año 800, cuando León III, al empezar la Misa de Navidad, puso una corona en la testa de Carlomagno, que oraba de rodillas, y un grupo de concurrentes lo aclamó "Emperador de los romanos", más de un espectador creyó que el Pontífice había obrado de propia iniciativa, tomando de sorpresa al favorecido, y esta creencia fue recogida por algunos historiadores. Las investigaciones más recientes, sin embargo, dejan ver que Carlos viajó a Roma para esa oportunidad llevando preconcebida la idea de su consagración (3).

Cualesquiera que fuesen sus licitaciones desde el punto de vista del ideal del monarca cristiano, Carlomagno era un espíritu universal. Atrajo a su corte, desde los rincones del Imperio, y a veces desde más allá, a cuantos podían realzar su brillo y jerarquía cultural, y en su escuela palatina, semillero de funcionarios y prelados, las "élites" de varias generaciones aprendieron los rudimentos de una coexistencia europea. La unidad de soberanía forjada por Carlomagno fue efímera, pero la unidad de ideales culturales que germinaron en el ambiente imperial y cosmopolita le sobrevivió siglos. Uno de los más autorizados historiadores del Imperio Carolingio ha escrito: "La diversidad misma de las provincias y de los hombres que las gobernaban y la incompatibilidad entre los conceptos germánicos primitivos y el universalismo cristiano, fueron una causa constante de debilidad para el Imperio en su conjunto. Pero esos mismos factores tuvieron también su lado positivo. Abandonada a sus propios recursos, la nobleza local, en cada provincia hizo frente al desafío. Resistió a los nuevos invasores (normandos) y una vez despierta, su fuerza engendró nuevas sociedades políticas en lugar del viejo Imperio. Desde entonces, Europa no ha vuelto a formar una entidad política y todas las tentativas posteriores de hacer la unidad desembocaron en el fra-

(2) H. Fichtenau. "L'Empire Carolingien". Ed. Payot. Página 91, 97.

(3) L. Halphen. "Charlemagne et L'Empire Carolingien". Página 129 y sigs. H. Fichtenau. Op. cit. Página 99.

caso. Pero porque el patrimonio histórico y cultural de la época carolingia fue un patrimonio común, la falta de unidad nunca degeneró en completa anarquía". (4).

Hoy, a once siglos del día en que el Imperio Carolingio se disgregó, entre los estadistas de las naciones europeas democráticas se vuelve a oír hablar de unidad política, o por lo menos de una confederación, de una "Europe des patries". Quizá esta *meta* objetiva tenga que ser demorada todavía muchos años en su realización; entretanto, la presencia del tema en los espíritus demuestra su permanente valor como *mito*, esto es, según el concepto de Sorel, como una "Representación afectiva e ideal" capaz de mover a los hombres a la acción.

(4) H. Fichtenau. Op. cit. Página 214



ESTUDIO
MUGICA - BASAVILBASO
ABOGADOS

Rivadavia 666 - 3^{er} Piso